

Begging for Love

This past Friday, we celebrated the Solemnity of the Sacred Heart of Jesus. Between 1673 and 1675, St. Margaret Mary Alacoque, a nun in Paray-le-Monial, France, received a series of mystical visions in which Jesus revealed His Sacred Heart to her. In these visions, He expressed His immense love for humanity, which impelled Him to sacrifice Himself for our sake. After revealing the throbbing intensity of this love, Jesus asked Margaret Mary to promote devotion to His Sacred Heart.

The devotion soon caught fire, first in France and then throughout the world. Its focus on the infinite love of Jesus came during an era in which popular religiosity viewed God's mercy as unattainable. Many believers thought it unlikely they would ever enter heaven. Devotion to Jesus' heart emphasized mercy, the possibility of making reparation for sins, and God's desire to love and forgive. These were messages that the world needed to hear.

The message of mercy has lost none of its force. In past bulletin articles, I have pointed out how the world in which we live has despaired of mercy in its own way. But, this year, something new struck me about Jesus' message to St. Margaret Mary:

"Behold this Heart which has so loved men that it has spared nothing, even to exhausting and consuming itself, in order to testify to them its love. And in return, I receive from the greater part only ingratitude, by their irreverence and sacrilege, and by the coldness and contempt they have for Me..."

Jesus' heart is full of both burning love and deep sadness: love for us and sadness at our lack of response. It strikes me that Jesus' revelations in the 1670s were not only a way of reassuring us of His mercy; in those visions, He was begging for our love. The infinite God longs to receive love from me, a creature. Love can only be satisfied when it is returned.

Let's take a moment today to recognize the places in which our hearts are cold toward Jesus, where the intensity of our love for other things eclipses our love for Him. And, today, let's turn toward Him again and ask for the grace to give Him the love for which His Sacred Heart is begging.

- Fr. Clayton

Suplicando Amor

El pasado viernes celebramos la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús. Entre 1673 y 1675, santa Margarita María Alacoque, monja en Paray-le-Monial, Francia, recibió una serie de visiones místicas en las que Jesús le reveló Su Sagrado Corazón.

En estas visiones, expresó Su inmenso amor por la humanidad, que le impulsó a sacrificarse por nosotros. Después de revelar la intensidad palpitante de este amor, Jesús pidió a Margarita María que promoviera la devoción a Su Sagrado Corazón. Pronto la devoción ardió entre los cristianos, primero en Francia y luego en todo el mundo. Su enfoque en el amor infinito de Jesús se produjo en una época en la que la religiosidad popular consideraba inalcanzable la misericordia de Dios. Muchos creyentes pensaban que era improbable que llegaran a entrar en el cielo. La devoción al corazón de Jesús hacía hincapié en la misericordia, la posibilidad de reparar los pecados y el deseo de Dios de amar y perdonar. Eran mensajes que el mundo necesitaba oír.

El mensaje de la misericordia no ha perdido nada de su fuerza. En artículos anteriores del boletín, he señalado cómo el mundo en el que vivimos ha perdido la esperanza en Su misericordia. Pero, este año, algo nuevo me llamó la atención sobre el mensaje de Jesús a Santa Margarita María:

"He aquí este Corazón que ha amado tanto a los hombres que no ha escatimado nada, hasta agotarse y consumirse, para testimoniarles su amor. Y a cambio, sólo recibo de la mayor parte ingratitud, por su irreverencia y sacrilegio, y por la frialdad y desprecio que Me tienen..."

El corazón de Jesús está lleno tanto de amor ardiente como de profunda tristeza: amor por nosotros y tristeza por nuestra falta de respuesta. Me parece que las revelaciones de Jesús en la década de 1670 no eran sólo una forma de reafirmarnos su misericordia; en esas visiones, Él suplicaba nuestro amor. El Dios infinito anhela recibir amor de mí, una criatura. El amor sólo puede satisfacerse cuando es correspondido.

Tomémonos un momento hoy para reconocer los lugares en los que nuestros corazones están fríos hacia Jesús, donde la intensidad de nuestro amor por otras cosas eclipsa nuestro amor por Él. Y, hoy, volvámonos de nuevo hacia Él y pidámosle la gracia de darle el amor que Su Sagrado Corazón está suplicando.

- P. David

PAGE 3



READ &
SHARE

